

## **Homilía para el Domingo**

### **Vigésimo Noveno (C)**

**17 Octubre 2010**

Lectura: Ex 17,8-13

Evangelio: Lc 18,1-8

Autor: P. Heribert Graab S.J.

Muchos de nosotros e innumerables personas de todo el mundo han tomado parte en los 69 días de los mineros chilenos de completo temor, miedo y esperanza en lo profundo de la tierra y después en su feliz liberación.

Simultáneamente hemos experimentado nosotros y otras innumerables personas como los sepultados y sus allegados en su necesidad encontraron refugio de forma natural en la oración.

Ninguna objeción:

La oración no puede suplir nunca lo que falta a los standards de seguridad en la mina.

Y quien ora, al mismo tiempo tiene que pedir cuenta a los que, a costa de los mineros, ahorran en sistemas de seguridad para los mismos.

Ninguna objeción tampoco:

La técnica know-how, la profesionalidad, la prudencia y el compromiso de las ayudas han obrado el “milagro de Chile”.

¿Dónde queda en nuestro mundo altamente tecnificado y ampliamente secularizado, espacio para la oración y la confianza en Dios?

Las dos Lecturas de este domingo  
presuponen como natural:

La fuerza de la oración puede mover  
montañas.

Y ambas Lecturas nos estimulan a no  
abandonar la oración.

Pero ¿podemos y debemos construir sobre  
textos de la Escritura como éstos,  
en un mundo desmitologizado y  
desencantado?

¿Qué es lo que podemos confiar a la oración  
y qué no?

¿No se trata en último caso de todo lo que  
nos sucede a nosotros los seres humanos,  
de nuestros fallos, pero precisamente  
también de nuestras posibilidades de  
transformar el mundo en algo mejor?

Ante todo debemos sencillamente tomar nota  
de cómo de forma natural muchos de los  
mineros rescatados también en público  
oraron y dieron gracias a Dios.

¿Quién se atrevería a tildar como ingenua  
superstición la experiencia de fe de estos  
hombres en la faz de la muerte?

Ciertamente en una situación, como la que  
queda atrás de estos 33 hombres de Chile,  
se saben innumerables personas en todas las  
épocas y en todos los lugares, confrontadas  
con una realidad, que normalmente nos  
parece que es inabordable  
y que, sin embargo, no es menos real que  
aquella con la que topamos diariamente.

¡No se trata de dejarse engañar por la  
creencia en milagros baratos, porque

tampoco mediante la oración Dios se deja manipular!

Pero se trata de no absolutizar nuestra limitada fuerza intuitiva sino la fuerza de la fe que transforma, para considerar al menos como posible, en el sentido con que Jesús decía continuamente a los curados:

“¡Tu fe te ha sanado!”

Esta expresión de Jesús nos resulta familiar; pero ¿qué opinan ustedes de:

“¿¿¿Vuestra fe os ha salvado del abismo???”

Orar y creer están ligados muy estrechamente.

Los discípulos de Jesús experimentan esta unidad de orar y creer en su Maestro de un modo fascinante.

Por eso Le piden: “Señor ¿enséñanos a orar!”

La parábola de la viuda y del juez impío es una lección de Jesús sobre la oración.

También la oración de Moisés contiene una lección sobre el orar para nosotros.

Finalmente contemplemos la oración de Moisés un poco más de cerca.

Moisés es conducido en su oración por una fundamental e inalterable confianza en Dios que tampoco cesa en situaciones decepcionantes.

Quizás esto tenga algo que ver con aquella confianza fundamental de la que hoy hablan los psicólogos:

Esta confianza la conseguimos muy pronto, ya en la edad infantil, mediante una relación completamente segura con la madre, es decir, con la persona de referencia determinante.

Pero en todo caso es una actitud fundamental que confía, dependiente de las experiencias de relación que logran buenos resultados. También la confianza en Dios se puede lograr en mí mediante los prójimos, que sencillamente están presentes, que perciben y actúan cuando mis fuerzas decaen. Para poder orar de forma verdaderamente confiada, necesito –como Moisés– personas que me sostengan, cuando se me caen los brazos y cuando estoy a punto de perder el asidero interior.

Por consiguiente, no sólo cuando oramos juntos, sino incluso allí donde oramos retirados, muy solos, necesitamos también de la oración de otros, del apoyo orante de otros, de la misma forma que Moisés necesitó el apoyo orante de Aaron y de Hur. Por consiguiente, se trata de que pidamos a los amigos su oración ayudadora. También significa esto mismo, cuando se habla de la comunión orante de la Iglesia. No se trata de sumar la oración de muchos; más bien se trata de que nos sepamos sostenidos por la solidaridad orante de toda la Iglesia y, tanto más, de la “pequeña” Iglesia de nuestra parroquia.

Cuando echamos una mirada a la viuda de la parábola, entonces experimento como el primero de todos con qué energía esta mujer persigue su deseo. ¿Quién de nosotros ora ya con una perseverancia así?

¿No tenemos en nuestro fondo la idea de que orar es algo muy suave, algo reservado de forma distinguida?

Jesús ve esto en la parábola de la viuda de forma notoriamente diferente: Él ve de cerca un estilo de orar muy altamente comprometido, ofensivo e incluso agresivo.

¡Observemos nuestra propia oración!

¿Se puede concluir de nuestro modo de orar que se trata para nosotros de un deseo del corazón, para el que, en caso de emergencia, “ponemos barricadas”?

¿Cómo Dios puede tomar a mal verdaderamente a alguien, si Él a una oración sencillamente dicha – nosotros decimos tranquilamente muy humana– “pone los oídos en línea recta”?

La oración de Moisés y la oración de Jesús han unido –de modo diferente–, el modo enérgico y convencido, que Jesús caracteriza con la parábola del Evangelio de hoy.

Precisamente al relato de Moisés y a la parábola de la viuda enérgica los une una confianza ciega y sin límites.

Si este juez obstinado y frío de corazón capitula ante la mujer, porque quiere estar tranquilo, cuanto más Dios como Padre amoroso proporcionará Su justicia y Su misericordia a aquellos que Le pidan de forma similar.

En este punto de Su parábola, Jesús se detiene, por así decirlo, se interrumpe a Sí mismo con una pregunta reflexiva y preocupada:

“Cuando vuelva el Hijo del Hombre a la tierra ¿encontrará una fe así?”

Con esta pregunta, Jesús nos corta las alas de la gran autoseguridad:

No es suficiente orar formalmente, si la oración no está transida de fe.

¿Estamos verdaderamente convencidos de que la fe mueve montañas?

O, por el contrario, consideramos a aquellos mineros chilenos como ingenuos chiflados?

Amén.

[www.heribert-graab.de](http://www.heribert-graab.de)

[www.vacarparacon-siderar.es](http://www.vacarparacon-siderar.es)